



CLACSO

CUADERNOS DEL MUNDIAL

Rusia 2018

Producidos por el Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales - CLACSO
Grupo de Trabajo Deporte, políticas
públicas y sociedad

NÚMERO 4
AGOSTO DE 2018

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Conselho Latino-americano de Ciências Sociais | Latin American Council of Social Sciences

EL MUNDIAL: ENTRE LA FELICIDAD Y EL ESPANTO DESPUÉS DE RUSIA 2018

Alguna vez, alguien pintó en una pared de un barrio periférico de París: “el fútbol es una excusa para ser feliz”. Quizás sea cierto. El fútbol, en definitiva, no pasa de una coartada para la libertad. También, para la manipulación y el engaño.

Así, Francia festejó su segundo título mundial, celebrando las raíces multicolores del azul: “Allez les Bleus”. La Francia republicana, congelada en la imagen de Emmanuel Macron lanzando su puño al infinito, como Freddy Mercury lo hizo en el Pavillion de París, casi 40 años antes. La Francia de la diversidad, congelada en un grito de gol. La Francia multicultural, con una selección donde más de la mitad de sus jugadores son de origen y poseen ciudadanía de alguna nación africana; nacidos casi todos ellos en las periferias de las grandes ciudades francesas, ignorados, silenciados, desconocidos, inexistentes, hasta que la nación de los derechos humanos descubrió que poseían pies capaces de producir milagros. Allí, en la periferia de las grandes ciudades francesas, donde nacieron los procesos de movilización y de lucha que construyeron derechos democráticos que iluminaron el mundo, también nacieron esos jugadores capaces de arrancar gritos de júbilo y felicidad a ese joven neoliberal, conservador y políticamente retrógrado que ejerce el gobierno del país. Un gobierno que se empeña en destruir los derechos y las libertades que los antecesores de esos jugadores conquistaron con heroísmo. Un partido de fútbol juntaba esos extremos en un mismo abrazo. Algunos pensaron que, por eso, se mezclaban en un mismo presente y se proyectaban en un mismo futuro. El fútbol suele ser una excusa para el escarnio.

Francia ha ganado el Mundial. Macron festeja y, junto con él, un país que parece siempre dispuesto a sorprenderse a sí mismo. “Vaya que somos una nación multicolor”, festejan los partidarios de la heredera de Jean-Marie Le Pen, cuando los negros vestidos de azul hacen goles. Días después, olvidarán la algarabía para salir a la calle a molerlos a palos. Siempre fue así.

Francia: un país que vive admirándose a sí mismo. Una excepcionalidad que nos sorprende y nos deslumbra también a nosotros. Porque Francia somos todos, ya que todos queremos, en el fondo, ser franceses; o sea, un poco republicanos, un poco igualitarios, un poco fraternos, un poco libres. Francia somos todos, no sólo los argentinos, que también llaman “negros” a los ciudadanos más pobres de su propio país. Y que también sólo reconocen su existencia cuando meten goles y hacen salir campeón a un equipo que, se supone, es el epítome de la patria.

Francia alcanzó su campeonato con un equipo repleto de inmigrantes, mientras su festivo presidente destruye la legislación laboral que podría proteger a miles de niños que, como esos mismos jugadores algunos pocos años atrás, hoy juntan latas, botellas y cartones por las calles de París, tratando de sobrevivir con sus familias. El fútbol es una excusa para ser feliz. A veces, puede ser una trampa.

Francia y Croacia, dos países con nombre de mujer, luciéndose en la actividad más masculina, o sea, más torpe, simple, básica y elemental del mundo deportivo. La culpa es de los ingleses, dirá Jorge Luís Borges, que consideraba inaceptable que los creadores de la literatura hayan sido los inventores de un deporte puramente físico; o sea, insensato, desquiciado, brutal. “El fútbol es popular, porque la estupidez es popular”, solía repetir Borges sin preocuparse en esconder su obstinado elitismo.

Macron se abraza a Kolinda Grabar-Kitarovic, presidenta de Croacia. Los dos aman el fútbol y odian a los inmigrantes. Kolinda irradia luz por donde pasa, sostiene algunos medios, destacando que sus dos principales características son la femineidad y la inteligencia, atributos que, para la prensa amarilla, son generalmente incompatibles. Kolinda es conservadora y oculta un pasado de proximidad con grupos neonazis. Junto al ex mandatario español, Mariano Rajoy, es la jefa de Estado que menos ha cumplido los compromisos asumidos con la Unión Europea en materia de protección a los refugiados. Además, ha propuesto una ley para castigar a cualquier croata que les preste ayuda.

Kolinda gobierna un país de 4 millones de habitantes que ha sufrido una de las más dramáticas diásporas europeas. Hay cerca de 2 millones

de croatas que viven en el exterior, o sea que han migrado, esa condición que Kolinda desprecia cuando no se ha nacido en Croacia. Lo han hecho a países vecinos, pero también a Estados Unidos, a Chile, a la Argentina y a Venezuela, entre tantos otros. La diáspora croata ha aumentado auxiliada por las políticas económicas neoliberales de Kolinda. En un país donde no hay empleo para los más jóvenes, 22 de ellos han sido capaces de llevar la nación y su presidenta a la gloria.

Emmanuel y Kolinda han pagado de su bolsillo el viaje a Rusia. Un ejemplo de moralidad que permite hacer del fútbol, también, una coartada para la hipocresía. En Francia y en Croacia es de los bolsillos de los trabajadores que saldrán los recursos para financiar a los ricos, haciendo que éstos multipliquen su riqueza con la promesa de que, algún día, acabarán con la pobreza. En su primer año de gobierno, la política fiscal de Macron ha generado una transferencia de más de 6 mil millones de euros del Estado francés a los sectores más ricos de la sociedad: “Allez les Bleus”.

Mientras transcurría el Mundial, cuyas escenas finales de amor protagonizaban Emmanuel y Kolinda, el jefe del imperio americano destruía familias migrantes, separando madres, padres, hermanos y hermanas, hijos e hijas. El partido entre Francia y Croacia pareció reconciliar el mundo con la humanidad. Los más pobres, los que siempre pierden, ahora mostraban que, bien entrenados y alimentados, podían triunfar y volverse protagonistas de la historia.

Los medios hegemónicos reconocían que Rusia había demostrado ser un país poblado por seres humanos. No se habían detectado actos de sabotaje o de espionaje que perjudicaran a ningún gobierno occidental, o a sus respectivos equipos futbolísticos. Los rusos no habían activado su aparato de propaganda ilegal, ni envenenado árbitros peligrosos, ni hackeado el VAR, el sistema de asistencia de arbitraje que permitía rever las jugadas, anulando goles o marcando penales invisibles. Tampoco, durante el certamen, habían impuesto electoralmente el presidente de cualquier otra potencia enemiga, algo que, como es sabido, los rusos suelen hacer con eximia facilidad. Las naciones occidentales y sus medios de comunicación festejaban que, por un mes, los rusos habían dejado de ser rusos. Aunque a Vladimir Putin no dejara de parecerle extraña la efusividad con que Macron abrazaba a Kolina y Kolina a Macron. Si los rusos hubieran ganado, hubieran festejado con más decencia.

Rusia 2018 no demostró que existe una Europa diversa, plural y multicolor por detrás de esa Europa indiferente al sufrimiento, al maltrato y a la negación de derechos que sufren, dentro y fuera de sus fronteras, millones de seres humanos. Rusia 2018 no apagó mágicamente la imagen de una Europa bañada por un mar de muertos que soñaban alcanzar la libertad, la protección y el cuidado que nunca nadie antes debería haberles negado. No. El Mundial de Rusia 2018 nos demostró que debemos, como siempre lo hemos sabido, ser muy cuidadosos con el uso que pueden tratar de hacer los poderosos del fútbol. Porque el fútbol puede ser una excusa para la felicidad. O una coartada para el engaño.

Ha terminado otro Mundial. Y también aquí termina otra serie de los Cuadernos que hemos creado en CLACSO para analizarlo, con la petulancia de quienes, como nosotros, creemos que analizar el fútbol es un arte reservado a quienes nunca podrán comprenderlo.

Ha terminado otro Mundial donde los africanos se lucieron y las selecciones de África mordieron el polvo de la derrota antes de comenzar la segunda fase. Donde Argentina y Brasil, como ha dicho Ronaldo Fenómeno, con extraordinario dominio de la filosofía de la praxis: “no ganaron porque perdieron”. Un Mundial donde España y Portugal mostraron estar más en forma para ser la vanguardia democrática de Europa que para alcanzar buenos resultados futbolísticos. Un Mundial sin Italia, lo que parecía ser una tragedia semejante a un fin de semana sin pizza ni pasta. Ha terminado un Mundial y nuestros Cuadernos se toman vacaciones por cuatro años, preparándose para la odisea al desierto de lo irreal, que será seguramente Qatar 2022.

Como Galeano, “nos quedamos con la irremediable melancolía que sentimos después del amor y del final del partido”. Nos vemos en el próximo Mundial, derretidos por el calor, colonizados por la duda, por la intriga y por el espanto.

Pablo Gentili
Secretario ejecutivo, CLACSO

NUESTRO MUNDIAL

Pablo Alabarces*

La Copa se termina en esta semana, aunque terminó para los equipos latinoamericanos hace pocos días, con la eliminación sucesiva de Perú, Costa Rica y Panamá en la primera ronda, la de Colombia, México y Argentina en los octavos de final, la de Uruguay y Brasil en los cuartos. Continúa, claro, para los futboleros, esa categoría que incluye a los que vimos Suecia-Corea o Rusia-Arabia con la misma fruición y deleite que un Chivas-Pumas o un Vélez-Argentinos Jrs. Continúa porque debemos satisfacer una última expectativa –quién será el campeón, con la novedad de que dos de los posibles triunfadores nunca ganaron una Copa, y por allí andarán nuestras preferencias–, que se suma a las pre-existentes: las novedades en el juego, las nuevas estrellas, ese dato fenomenal de que los deportistas africanos finalmente ratificaron las promesas enunciadas desde la aparición fulgurante de Argelia en 1982 –aunque para lograrlo hayan debido migrar, ellos o sus padres, a alguna de las potencias europeas. Queda un dato que deberán debatir los colegas europeos: justamente, la sólo aparente contradicción de que los tres países en los que sus equipos son decisivamente integrados por migrantes o hijos de migrantes sean sociedades en las que, en los últimos años, se produjo un crecimiento vertiginoso de la ultra derecha anti-migratoria (Bélgica, Francia e Inglaterra). Desde ya que habrá que recordar el caso de Francia en 1998, cuando algunos colegas apresurados sancionaron el triunfo francés –con ese maravilloso equipo multiétnico liderado por el magrebí Zidane– como una muestra definitiva de la exitosa integración multicultural francesa, sólo pocos años antes de la explosión de las *banlieues*.

(He usado ese caso en muchas ocasiones para recordar que el fútbol es ficción y sus efectos son ficticios, como bien sabemos los latinoamericanos desde las pretendidas “democracias raciales” que generaron los fútboles brasileño, peruano, ecuatoriano, colombiano u hondureño. El fútbol uruguayo, por lo menos, nunca se jactó de esa democratización racial-fútbolera, aunque sí lo hizo con la recuperación mítica de un pasado originario charrúa que sus políticas indigenistas desmintieron paso a paso. También recuerdo lo que me dijo Christian Karembeu, mediocampista caledonio de ese famoso equipo (poco) francés, en la ocasión en que lo pude conocer y conversar: “La verdad es que Francia nos importaba muy poco: lo que queríamos los jugadores era lanzar nuestras carreras al estrellato y conseguir mejores contratos”. Sin embargo, no faltarán cronistas –aunque sí espero que falten sociólogos o antropólogos– que

* Universidad de Buenos Aires, Argentina. Investigador CONICET.



afirmarán extasiados, ante un eventual triunfo anglo-franco-belga, que esas sociedades se han democratizado por el triunfo de sus hijos populares y migrantes. Nuevamente: el conservadurismo vende ficciones, y ésta es una ficción poderosa. Quizás sea mejor que gane Croacia, étnicamente pura como siempre fue Croacia. Bueno, es una de sus especialidades. No, es mejor que no gane).

Esas son las expectativas y las novedades, y luego –o antes– están las continuidades y las invariantes: las hay futbolísticas y las hay sociológicas, o de modo amplio, críticas. Una de ellas es la continuidad de lo que he llamado la “anomalía uruguayaya”, que consiste en la continuidad como potencia futbolística global del *paisito*, un dato refutado por la demografía pero ratificado por el fútbol durante, ya, casi cien años (no es necesario recordar que los Cuadernos de CLACSO, que coordiné en 2014, afirmaron la tesis del tetracampeonato uruguayo, al sumar las medallas olímpicas de 1924 y 1928, torneos ambos organizados por la FIFA, a los mundiales de 1930 y 1950). Al mismo tiempo, esa continuidad muestra otra: el fútbol no refleja a la sociedad –aunque la pereza intelectual periodística insista en afirmar

Foto Paula Díaz Alday, Estudiante de Fotografía. Instituto ARCOS. Chile.





esa patraña– sino que el fútbol refleja al fútbol, apenas; que nuestros fútboles son decadentes, pobres, corruptos, desorganizados, sometidos a la división internacional del trabajo futbolero que nos condena a pobres proveedores de materias primas ricas. Pero que ciertos procesos excepcionales pueden conseguir resultados excepcionales, como lo fue la clasificación de Perú gracias a Gareca –mereció mucha mejor suerte–, la gran campaña mexicana gracias a Osorio y la renovada gran campaña colombiana gracias a Pekerman, el muy buen torneo brasileño gracias a Tite, el excelente torneo uruguayo gracias a Tabarez –¿qué hubiera pasado sin la lesión de Cavani?– el deplorable desempeño argentino gracias a la nada excepcional –por el contrario: a la perseverante– incapacidad de sus dirigentes.

Esto exige hablar de fútbol pero también de eso otro que nos ocupa, aquello por lo que fuimos convocados: la Copa nos deja mucho hilo para cortar, nos propone nuevas agendas, aunque con la perseverancia de las viejas. Apenas enunció algunas de mis preocupaciones que podrían ser retomadas aquí y allá. Por ejemplo, les hinchas –permítanme el juego lingüístico–, les torcedores, les fanáticos. Pude estar en Rusia los primeros días de la Copa, asistí a la presencia desbordante de latinoamericanos –por mucho, numerosos y reconocibles, ruidosos y expansivos: pero también, en una primera mirada que debería ser confirmada con datos, mayoritariamente sujetos de las clases medias-altas, integrando ese lote (ya anunciado en Brasil 2014) de les nuevas hinchas globales, televisados y televisables, más atentos a la cámara del estadio –a la pantalla que los consagra durante cinco segundos como imágenes globales– que al mismo juego, más atentos a sus celulares que a los desplazamientos del marcador lateral sueco. Aunque los estudios sobre los públicos han ocupado demasiada atención en nuestros estudios –he sido co-responsable de ese exceso–, tenemos aquí un punto de la agenda: las transformaciones de nuestros tradicionales públicos populares en estos nuevos espectadores globales del espectáculo global por excelencia, lo que el colega Gilmar Mascarenhas llamó brillantemente el “blanqueamiento de los estadios” –pongan un poco de atención, nuevamente, en la televisión: las imágenes de las estrellas afrodescendientes en los equipos europeos o latinoamericanos contrastan con la ausencia radical de espectadores negres, salvo mientras jugaron los equipos africanos.

La televisión, justamente: este es un viejo reclamo que le hecho a les colegas. Espectáculo global por excelencia, un fútbol



Foto Paula Diaz Alday, Estudiante de Fotografía. Instituto ARCOS. Chile.

latinoamericano que exporta sólo materia prima para ese espectáculo, flujos de intercambio que parecen reiterar nuestra condición económica extractivista: pero todo eso existe sólo en función de un fútbol que es, antes que nada, mercancía de la cultura de masas. Y sin embargo, seguimos sin escribir una línea –seguimos sin saber nada– sobre la organización económica y material de ese flujo televisivo. Sabemos sobre la vocinglería patrioterica de nuestros relatores –inveteradamente machos, androcéntricos y lindantes con el fascismo–, pero no sobre cómo funcionan los mecanismos de derechos televisivos y la organización y distribución de las señales: asumimos Fox como una suerte de condena bíblica, sin someterla a examen político, sociológico y económico.

Y finalmente, la política: hemos vuelto a asistir al desborde futbolero de elites políticas que creen a pie juntillas en el mito de la influencia decisiva del deporte sobre la vida cotidiana, económica, social y política de nuestras sociedades. Hemos vuelto a escuchar, por otros medios, la metáfora del opio de los pueblos, hoy reconvertida en la de la “cortina de humo”. Seguimos escuchando, a veces en boca de colegas, el remanido argumento de la pasión inexplicable –justamente entre nosotres, condenadas a explicar incluso lo inexplicable. La diferencia entre la empiria –aquella que demuestra que no hay ni ha habido relación de causalidad entre un hecho deportivo y un hecho político– y la creencia –aquella que afirma justamente lo contrario, y actúa y predica en consecuencia– debería ser demostrada de una buena vez por todas. Con el apoyo de la historia, la sociología y la documentación. Es decir, aquello por lo que nos pagan.



COPA DO MUNDO 2018: O EVENTO E OS ACONTECIMENTOS

Simoni Lahud Guedes*



Foto Eduardo Quiroz Salinas, Artista Visual. Universidad Diego Portales. Chile.

Há, na antropologia contemporânea, um debate sobre a relação entre eventos e acontecimentos na interpretação antropológica de Marshall Sahlins sobre a história¹. Embora utilizando as categorias analíticas de Sahlins, tenho a minha própria interpretação sobre esta relação na reflexão sobre a Copa do Mundo Fifa de Futebol Masculino (daqui em diante, apenas Copa do Mundo, 2018).

É bastante divulgado o fato de que as Copas do Mundo transformaram-se, no decorrer do século XX, em megaeventos esportivos de alcance planetário, assistidos por bilhões de pessoas em todo mundo. São eventos que tematizam e recriam as nações e as nacionalidades, princípio simbólico organizador que sobrevive, tenazmente, ao seu desmanche globalizante. Todo princípio organizador (uma sociedade, uma nação, um estado etc) precisa ser reafirmado periodicamente, o que é feito em eventos rituais. Nesse sentido, há muito que interpretamos as Copas do Mundo como rituais de recriação/reforço das nações modernas, de extrema eficácia pelo confronto, atualizando a operação essencial do jogo da identidade/alteridade². Este jogo é tanto mais eficaz no seu propósito quanto se pretende mundial³. Em tese, qualquer nação pode alcançar o torneio final.

Pois bem. Este evento, repetitivo, com claros aspectos rituais, comunga com outros rituais sua colocação “fora do tempo”. Os rituais de cada sociedade pretendem reproduzir sua face atemporal, enfatizando como imutáveis, como imunes ao processo histórico,

seus valores essenciais⁴. No caso, a nação como valor. Não é casual que as Copas do Mundo sejam totalmente penetradas pelos símbolos nacionais. Trata-se de um festival de bandeiras, hinos oficiais e não oficiais, cores que se inscrevem nas roupas, nos corpos, nos objetos mais variados. É interessante que este período de múltiplo fervor nacionalista seja propiciado por uma entidade privada, de cunho nitidamente empresarial capitalista, e, ainda por cima, foco de escândalos recentes que denunciam a corrupção em suas entranhas. Nada disso importa. As 32 nações que se credenciaram para o torneio final apresentam-se dentro do mais “puro” orgulho nacional, prontas a disputar e levar a glória para seus países.

No Brasil, chamei este tempo de “tempo suspenso”, um tempo de feriados em que a vida cotidiana é interrompida. Creio que, em muitos países, a Copa do Mundo impõe este efeito. As lembranças das outras Copas do Mundo feitas pela mídia, muito frequentes, em geral ignoram contextos históricos mais amplos e tratam apenas destes eventos.

Entretanto, os eventos não são imunes aos acontecimentos. Como venho argumentando em muitos textos, apesar da celebração do “tempo fora do tempo”, o processo histórico penetra em cada Copa do Mundo, trazendo consigo as principais questões e os principais dramas que movem o processo histórico mundial e/ou nacional. Recorrendo mais uma vez a Marshall Sahlins (ver nota 1), são “as categorias em risco na ação”. Ou seja, os acontecimentos penetram, subrepticiamente, nos eventos e nos megaeventos.

Que dramas históricos foram tematizados nesta Copa do Mundo de 2018, na Rússia?

Num mundo cujas distâncias físicas e virtuais foram enormemente encurtadas, atravessado por guerras, sofrimento, miséria, o drama da imigração, do preconceito e da xenofobia foi, mais uma vez, encenado desde a fase inicial do torneio final. Isto foi propiciado, em parte, pela europeização de todos os melhores jogadores

1 Cf., entre outros, Sahlins, Marshall, *Ilhas de História*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1990 [1987]. No caso brasileiro, esse debate ainda se complica porque, segundo alguns, a tradução não é muito fiel ao original quanto a este ponto.

2 Ou, como o jogo dialético “espelhos e máscaras” (Archetti, Eduardo, *Masculinities: football, polo and tango in Argentina*, Oxford e Nova York: Berg, 1999; Straus, Anselm, *Mirrors and Masks. The search for identity*, London: Martin Robertson, 1977)

3 Não é preciso repetir aqui o velho mantra da FIFA de que tem mais nações associadas do que a ONU mas é necessário chamar a atenção para a complexidade do termo nação, questão que é abstraída aqui.

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte y sociedad. Doctora em Antropología. Académica, Universidade Federal Fluminense/CNPq, Brasil.

4 Cf. Turner, Victor, *O Processo Ritual, estrutura e antiestrutura*, Petrópolis: Vozes, 1974 [1969], DaMatta, Roberto, *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*, Rio de Janeiro: Zahar, 1979.

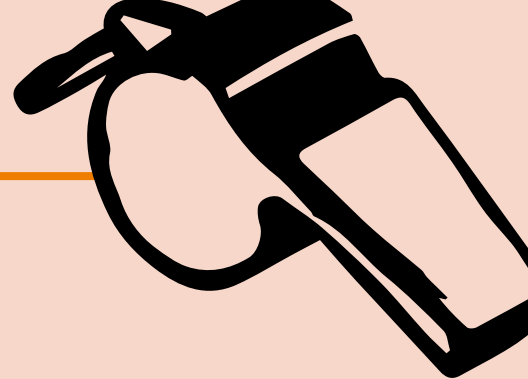


Foto Eduardo Quiroz Salinas, Artista Visual. Universidad Diego Portales. Chile.

mundiais vindo das periferias do capitalismo, incapazes de resistir ao poder financeiro concentrado nos mais ricos clubes da Europa Ocidental. Estes jogadores, segundo inúmeras notícias e inúmeros depoimentos, são objeto de preconceito, principalmente se são negros ou pardos mas não apenas por isto. Como diz Karim Benzema, se “jogo bem sou francês, se não sou árabe”⁵.

Esta Copa do Mundo vem expondo, com extrema clareza, a xenofobia dirigida aos filhos de imigrantes e demonstra uma chaga moderna. Entram em conflito aqui duas versões da nacionalidade: a que designa como nacionais os nascidos no país e a que atribui ao indivíduo a nacionalidade de seus ancestrais. Não importa qual seja a definição oficial da nacionalidade. Benzema e Mbappé, como muitos outros filhos de imigrantes, oficialmente, são tão franceses como quaisquer outros. Nasceram lá. Contudo, como percebemos na incisiva frase de Benzema acima, sua classificação oscila ao sabor de seus desempenhos.

A incorporação de filhos de imigrantes nas seleções europeias além de uma série de jogadores com dupla cidadania ou naturalizados⁶ - é um fenômeno social que, há algumas décadas, vem ocorrendo. Basta ver a seleção francesa campeã de 1998. Mas isso não significou inclusão social plena destes novos nacionais, com nomes e cores estranhas. São facilmente incorporados às hostes nacionais pelas suas qualidades como jogadores mas não necessariamente aceitos integralmente. Os debates sobre este tema na imprensa de vários países expõem a permanência e a gravidade da xenofobia, intensificada cotidianamente com a chegada de imigrantes provenientes dos países arrasados pelos conflitos cuja responsabilidade, em grande parte, se deve à ganância capitalista dos países centrais.

No Brasil, uma outra chaga antiga, proveniente do regime escravocrata que produziu o país, o preconceito contra os negros, fez

sua aparição de gala a partir do jogo perdido para a Bélgica. No primeiro gol belga, a bola bateu em Fernandinho, um meia negro, e entrou no gol. O jogador e sua família foram alvo de incontáveis ataques racistas nas redes sociais, levando, inclusive, a CBF a emitir uma nota repudiando tais ataques⁷. Felizmente houve igual número de postagens em apoio ao jogador, rejeitando o preconceito racial. Mesmo assim, o episódio retrata a fratura exposta da formação do povo brasileiro, atuando com força na interpretação das derrotas brasileiras desde 1950, pelo menos.

Além desses e de muitos outros conflitos que penetram nas avaliações dos desempenhos das seleções e dos jogadores, há uma outra questão que se evidenciou nos últimos dias. Com a chegada da seleção croata às semifinais e, agora, à final, debates sobre a penetração do neo-nazismo na Croácia (representado, especificamente, pelas atitudes de alguns jogadores do selecionado) têm ocupado a mídia, sendo reproduzidos nas redes sociais. Há, em curso, uma demonização da Croácia embora também se registrem posições que desqualificam tais acusações, isentando o time e o país atual.

A recuperação histórica de crimes passados é seletiva. A Alemanha há muito –e felizmente– foi poupada dos crimes nazistas, assim como Portugal e Espanha dos genocídios na América. Mas o brilho da seleção belga trouxe à tona o genocídio promovido por Leopoldo II no Congo, uma das terríveis memórias das barbáries coloniais.

Desse modo, como quis demonstrar, as Copas do Mundo conseguem conjugar, de um lado, uma celebração de valores imemoriais, enquanto encenam, nos campos de futebol, dramas complexos que assolam a humanidade. É um espetáculo mágico, de euforia e lágrimas –de tristeza ou alegria– que envolve bilhões de pessoas mas que também expõe, cruelmente, algumas das tragédias humanas.

5 Cf. <<https://www.pragmatismopolitico.com.br/2014/06/por-que-benzema-nao-canta-o-hino-da-franca.html>>.

6 Por exemplo, quatro brasileiros naturalizaram-se para jogar por outros países: Diego Costa (Espanha), Pepe (Portugal), Mário Fernandes (Rússia), Thiago Cionek (Polônia). Outros têm dupla nacionalidade. Isto é uma amostra de um fenômeno muito mais amplo.

7 Cf. <<https://www.gazetaesportiva.com/tag/fernandinho/>>.

LOS MUNDIALES COMO ORDENADORES DE LA MEMORIA

Bernardo Guerrero Jiménez*

Propongo entender a los mundiales de fútbol como marcadores del tiempo, organizadores de la memoria. Es posible ordenar las (nuestras) trayectorias biográficas en torno a su realización. Así como los terremotos, incendios, golpes de estado y otras catástrofes, ordenan y sitúan los eventos biográficos, los mundiales, nos ofrecen un modo más festivo (excepto para los que pierden) de estructurar situaciones de importancia. Para los brasileños el maracanazo los conmovió de tal modo que aun no se recuperan de ese 16 de julio del 1950. Los uruguayos por su parte, han hecho de ese partido un hito más de su formidable presencia en el fútbol mundial. De allí la expresión: “Uruguay es Uruguay” o “Nunca hay desestimar a los uruguayos”.

La relación entre biografía y estructura social ha sido magníficamente planteada por C. W. Mills, el “marxista tejano”, autor de *La Imaginación Sociológica* (1961). En el capítulo “La Promesa”, plantea la idea de entrelazar sucesos biográficos con lo que acontece en la estructura social. No tomo, en este caso en forma literal lo planteado por este autor, sino que lo uso de un modo más interpretativo. Parto de la premisa que a los autores hay que reinterpretarlos. La hipótesis que deseo compartir es que mis recuerdos los inserto, en este caso, en un ciclo de cada cuatro años (los recuerdos no son necesariamente subjetivos). Lo anterior me permite organizar y administrar el pasado con referencias socialmente reconocidas. Los estudios de la memoria, afirman que el pasado se revisita, sus piezas se readequan según diversos intereses. Nací en el año 1954 un mes antes del mundial de Suiza. Alemania contra todo pronóstico le gana a los húngaros. Nace el milagro de Berna.

EL MUNDIAL DEL 62

Para los chilenos y tal como dice el rock and roll creado para esa ocasión, fue una “fiesta universal”. Saliendo de las ruinas del terremoto del 1960, los chilenos se abocaron, a pesar de tener el país por el suelo, a organizar esta cita futbolera. Hay una frase que lo resume todo, aunque hay algunos como el periodista Daniel Matamala (2010: 15) que afirma que nadie la pronunció: “Porque no tenemos nada, queremos hacerlo todo”. Fue un mundial para los chilenos en blanco y negro. La televisión era un objeto de la élite radicada en Santiago. Los que vivimos en provincia nos auxiliamos de la radio. En Arica la ciudad arrebatada a los peruanos por la guerra del Pacífico, fue una de las sedes. Mi padre, obrero ferroviario y socio al día de Colo-Colo, junto a otros amigos se largó de Iquique a Arica, en una viaje de cerca de ocho horas por tierra. A mis 8 años no calé en su debida proporción ese viaje, casi peregrinaje. El tercer lugar de Chile en ese mundial, según los que saben, el más violento que se haya jugado, se immortalizó por el golpe de Leonel Sánchez al tano Mario David y por el rock del mundial. A esa

* Doctor en Sociología. Académico Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile.



LA GOLonialidad DEL PODER: EL FÚTBOL, LA NACIÓN Y LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Sergio Villena Fiengo*

Desde la segunda década del siglo XX, el fútbol en América Latina ha servido como una arena pública plebeya que ha contribuido a la creación de sentimientos de pertenencia nacional. El fútbol es una fiesta intensamente dramática en la que participamos y en la que aprendemos sentimentalmente que, como habría dicho Camus, “Patria es (también) la selección nacional de fútbol”.

Cuando juega “nuestra selección”, los ciudadanos-aficionados, nos enfundamos ritualmente en el capullo protector nacional que es la camiseta-bandera. Nos congregamos en las gradas de un estadio o frente a la pantallapara jugar con “nuestros muchachos”, como “número doce”, haciendo nuestra la frase “el fútbol –como la patria– es un sentimiento”.

nes Políticas, declarando que somos naciones multiculturales y plurilingües. Con frecuencia esas declaraciones no pasan de ser, en el mejor de los casos, muestras de buena voluntad.

¿Ha operado el fútbol como escenario para la integración, aunque sea simbólica y efímera, de las poblaciones indígenas a la nación, en calidad de “representantes”? Mi hipótesis es que esas poblaciones han quedado históricamente excluidas también de la *communitas* futbolística nacional.

América Latina ha experimentado también la *GOLonialidad del poder*, la reproducción sobre el verde césped y sus prolongaciones mediáticas, de la discriminación étnica originada en la colonia y reeditada en la vida republicana. El que la “gente que habla del fútbol” ignore esta problemática, es un síntoma de esa persistencia de la negación de la ciudadanía deportiva a la población indígena.

La “ausencia” de indígenas en la “selección nacional de fútbol” en nuestros países no se debe a que los indígenas sean indiferentes al *ethos* futbolístico. Por ejemplo, en el caso boliviano, donde la población nacional es mayoritariamente indígena, el fútbol ha arraigado como *cultura apropiada* entre las comunidades y los movimientos indígenas desde hace aproximadamente un siglo.

En ese país, la población indígena se ha servido del fútbol con múltiples objetivos sociales y políticos, además de recreativos: fortalecer las identidades locales, expresar su pertenencia a la nación, organizar sindicatos rurales y redes urbanas indígenas, resistir al embate de las dictaduras, enfrentar las políticas neoliberales, promover políticas de integración nacional y apuntalar proyectos políticos indianistas.

Sin embargo, esa población ha estado excluida –al menos hasta los últimos años– del deporte oficial, reconocido y promovido desde el Estado. El virtual y secular apartheid deportivo se evidencia en la existencia de dos circuitos paralelos: por un lado, el comunitario y popular, centrado en el fútbol, con alta participación indígena, situado en zona rural y en áreas urbano marginales.

Por otro, un circuito diversificado en términos disciplinarios, formalmente institucionalizado, profesionalizado y urbanizado, vinculado internacionalmente, el cual ha monopolizado la representación deportiva nacional y el acceso a los medios de comunicación, sin presencia indígena.

En los últimos años, esa situación ha sido visibilizada y cuestionada. Según el sociólogo de ascendencia indígena, Pablo Mamani:

En nuestro medio la pregunta es: ¿por qué los aymaras o quechuas no juegan en la misma dimensión poblacional en el fútbol profesional? ¿Los aymaras o quechuas acaso no juegan el fútbol entre los 500 y 4.000 metros sobre el nivel del mar? ¿No se observa que en los campeonatos locales se juega al fútbol con igual pasión que en Brasil? ¿No sirve la historia de que algunos líderes aymaras como Jenaro Flores hayan hecho su carrera jugando al fútbol o incluso



[...] el fútbol ha arraigado como cultura apropiada entre las comunidades y los movimientos indígenas desde hace aproximadamente un siglo.

El fútbol es un escenario ritualizado donde nos desborda la emoción oceánica de pertenecer, donde nos abandonamos y participamos de esa fusión, efímera pero tremendamente intensa, en la *communitas* nacionalista. La comunidad imaginada en anonimato que –según Benedict Anderson– es la nación, es fundamentalmente afectiva.

Pero la construcción de las identidades nacionales en América Latina es un proceso inconcluso, sino fallido. Como sabemos, nuestra regiones “campeona mundial” en la producción de desigualdades sociales y de múltiples formas de exclusión y discriminación: de género, sexual, etaria, étnica, etc.

En relación con la “cuestión étnica”, nuestros Estados han suscrito la mayor parte de los tratados internacionales a favor de los derechos indígenas e incluso se han reformado las Constitucio-

* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte y sociedad. Doctor en Sociología. Académico Universidad de Costa Rica.



el actual Presidente de Bolivia? ¿No se observa niños con cualidades importantes en campeonatos zonales y en las provincias? Esto es observable en Achacachi, Patacamaya, Viacha, Chulumani, Palos Blancos, Chapare; en Karangas, El Alto, etc. etc. Pues, la afirmación “de que no existe racismo en el fútbol boliviano” es simplemente ocultar este colonialismo que aquí definimos como “racismo estructural” dado que no habría materia para polemizar del racismo en el fútbol contra aymaras o quechuas. (ver “Fútbolistas aymaras y el racismo en Bolivia”, *La Razón*, 2.10.16)

Felipe Quispe, dirigente indígena, también ha señalado que el fútbol profesional boliviano ha estado bajo control prácticamente exclusivo de dirigentes, entrenadores y jugadores de origen “k’ara” o “criollo/mestizo”.

Para superar el carácter colonial y racista de las instituciones deportivas oficiales, en 2004 Quispe creó un club de fútbol profesional: el deportivo Pachakuti, en el cual participarían exclusivamente indígenas, en los distintos roles (directivos, cuerpo técnico, jugado-

res, personal de apoyo). Así, aspira a “volver a lo que fuimos antes, más fortalecidos, transformar el deporte, que está muy monetizado, muy elitizado, muy privilegiado”.

“El Mallku” anhela su Club, como “un equipo del campo y de esencia y presencia aymara” ascienda a la “Primera A” y, una vez ahí, pueda “romper ese estigma racista que prima en los ‘Equipos Profesionales’ que no admiten a los indios de apellido originarios, más [sic] prefieren extranjeros que nacionales, por eso a nivel internacional se hacen golear una vergüenza estos equipos”. La “raza” aymara, dice, puede ser protagonista y terminar con los recurrentes fracasos en las competencias internacionales.

Aunque el Club *Pachakuti* ha dejado de existir por razones financieras, su incursión en el fútbol profesional ha puesto en evidencia que, en el proyecto de “indianización” del país, el fútbol puede servir como un campo de batalla entre “las dos Bolivias”, la indígena y la criolla-mestiza-chola. Descolonizar Bolivia, así como el resto de América Latina, requiere también terminar con la *GOLonialidad del poder*.

COSAS CHINGONAS, EL JAMAICÓN Y EL YA MERITO

Sergio Varela Hernández*

I. ¿EXISTE EL ESTILO DE JUEGO MEXICANO?

Desde que Da Matta y Archetti, entre otros, problematizaron el resbaladizo concepto de los estilos de juego nacionales en América Latina, mucho se ha escrito al respecto. ¿Hay *futebolarte* o estilo criollo? De ser así ¿en dónde radica la esencia de esos estilos? ¿En las raíces afro? ¿En la “cultura de la pobreza” que despierta la picardía de los latinoamericanos? ¿Quiénes encarnan esos estilos?

Sea cual sea la explicación sociológica o cultural que se quiera dar, todo estilo tiene un arquetipo, un sujeto social que incorpora las virtudes (reales o inventadas) que lo caracterizan: la del *pibe* (que se materializa en Maradona) o la del *malandro* (en Garrincha). Los casos argentino y brasileño, ilustran la creación de estilos de juego exitosos.

Desafortunadamente, cuando nos referimos al caso mexicano no contamos con esa base explicativa. Es muy difícil hablar de virtudes que configuren el estilo mexicano de jugar al fútbol, en la medida en que las narrativas social y periodística casi siempre son negativas y les asocian vicios antes que virtudes a los futbolistas profesionales: juego “ratonero”¹, mediocre (el “ya merito” ilustra a la perfección esta idea), corrupto (el “cachirulazo”² es ejemplar de ello). Si a lo largo de la historia del fútbol mexicano se creó un arquetipo, ese lo encarnó José El Jamaicón Villegas, el célebre defensa del Guadalajara en la década de los años 50 y 60 que, según cuenta la leyenda, nunca pudo superar la nostalgia y la melancolía del terruño y las costumbres nacionales cuando salía de gira por el mundo.

La perspectiva de un estilo de juego basado sobre vicios más que sobre virtudes hace más difícil aún el análisis del caso mexicano. Por ello, propongo un ejercicio de imaginación literaria sobre un hipotético México campeón del mundo, que más que una respuesta sociológica, permitiría pensar el estilo de juego mexicano.

II. SUEÑA CON COSAS CHINGONAS: MÉXICO CAMPEÓN DEL MUNDO.

Los titulares de todos los periódicos dan la noticia el 16 de julio:

¡Adiós Jamaicón. México Campeón del Mundo!, titula *El Universal*.

Ya No Más Ratones: Campeones, cabecea *Reforma*.

Del Ya Merito al ¡Sí se Pudo!, escribe *La Jornada*.

¿Ratoncitos?, Ni Madres, sentencia *Record*.

Cero Mediocridad. Puro Campeón, titula *La Afición*.

La fotografía de un extasiado Rafa Márquez levantando la copa dorada ayudado por Guardado, Chicharito, El Chucky Lozano y compañía recorre el mundo.

Uno de los periodistas deportivos más emblemáticos de las últimas tres décadas, José Ramón Fernández explica en ESPN el triunfo de 2 a 1 frente a Croacia:

1 A partir de los años 60, el periodista Manuel Seyde bautizó a la selección como los “ratones verdes” debido a su juego timorato y medroso que según él lo caracterizaba.

2 En 1988 las selecciones mexicanas fueron vetadas de toda competencia internacional debido a la alineación indebida de jugadores que excedían la edad para los torneos Sub-20 y los Juegos Olímpicos. En México, los jugadores que son alineados indebidamente son conocidos como “cachirules”)

* Doctor en Antropología Social. Profesor de Tiempo Completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Por fin, México se quita ese pesado velo del “ya merito”, del “jugamos como nunca y perdimos como siempre”. Finalmente, la nueva generación de futbolistas logró dejara atrás el síndrome del fútbol timorato y ratonero que nos caracterizaba. México ha despertado como una potencia futbolística después de muchas décadas de tanto sufrir. Atrás quedaron esas ideas que nos identificaban como un país en el que el triunfo era mal visto. Aquellas que nos decía que al ganador se le jalaba hacia atrás para que no sobresaliera de los demás. Las del país mediocre que tanto daño nos hicieron. Ya no se fallaron los penales a la hora de la verdad. No le temblaron las piernas al Chicharito al momento de ejecutar ese penal definitivo. México jugó como lo que ya es ahora: como un equipo grande, como Brasil, como Alemania. Su juego se revistió de eficacia, de precisión, de perfección, de eso de lo que históricamente carecía. Ayer en la cancha, la selección mexicana jugó a la par del momento histórico que el país vive. Como México, se sacudió de la espalda el lastre de la corrupción y del amiguismo. Jugaron los que tenían que jugar y no los preferidos del técnico o, peor aún, del promotor del técnico. Y jugaron al ritmo de la democracia, la democracia que renovó al país el 1° de julio y que hoy renueva nuestra forma de juego. México hoy es un país que finalmente abandona el rezago, los atavismos y las identidades anacrónicas de su fútbol histórico y lo coloca como el país del fútbol moderno. El mito del Jamaicón Villegas, del jugador postrado por sus atavismos nacionales y que se dobla en y ante el extranjero, han quedado en el pasado. México, por fin, es campeón del mundo.

III. SÍ SE PUDO... PERO EN EL FÚTBOL, OTRA VEZ YA MERITO.

No podremos saber qué habría pasado si la selección mexicana hubiese sido campeona del mundo en Rusia 2018, porque la historia se escribió de nueva cuenta en contra. México, por séptimo mundial consecutivo salió del torneo en la fase de octavos de final. Los aficionados mexicanos han mitificado el “quinto partido” como un horizonte que parece inalcanzable por más que la organización, la técnica y el empeño futboleros parecen ir en mejoría.

Este año de forma simultánea al torneo mundialista se llevaron a cabo elecciones presidenciales. Millones de mexicanos estaban convencidos de que nuevamente habría fraude electoral y que el régimen no permitiría la llegada del progresista Andrés Manuel López Obrador. Muchos pensaban que la maquinaria electoral del priismo dictaminaría por enésima vez el destino manifiesto de la imposición derechista y neoliberal. No pasó así. Los y las mexicanas votaron masivamente a favor de López Obrador y le dieron un 53% del voto, como a ningún presidente en la historia reciente de México.

Tan sólo doce horas después de este histórico triunfo, los aficionados mexicanos soñaron (¿soñamos?) que la selección mexicana dejaría finalmente atrás, emulando lo que en las urnas acababa de suceder, el destino manifiesto del Jamaicón y de los ratones verdes. De que México podría ser campeón del mundo de fútbol.

Un lema de la campaña fue: “Imaginemos cosas chingonas”. El triunfo de AMLO lo confirmó. Encarrerados, los mexicanos soñaban con el mundial y con ello con la reversión de los arquetipos negativos. Mala suerte, no alcanzó para tanto el sueño, Brasil nos echó el balde de agua encima...

LA IDENTIDAD FÚTBOLÍSTICA URUGUAYA Y EL PROCESO TABÁREZ

Ignacio de Boni*, Daniel Cuitiño Volpe**

La historia fundacional de nuestro país puede ayudar a comprender la relevancia que tiene el fútbol en la sociedad. Uruguay fue creado como un “Estado tapón” para mediar en los conflictos entre las Provincias Unidas y el Brasil. Es decir, fue un Estado antes que una nación. Ante esto, era necesario crear ciertos elementos identitarios, símbolos nacionales que generaran cohesión social y construyeran un sentimiento nacional. El fútbol fue quizá el más importante de estos elementos. Debido a las importantes victorias deportivas de la primera mitad del siglo XX, nuestro país fue reconocido a nivel mundial contribuyendo al desarrollo de una autoestima nacional que vio en el fútbol su mayor fuente de orgullo. En este contexto, el *Maracanazo* funcionó –y aún hoy funciona– como el gran mito fundante de la identidad uruguaya. Las historias y relatos alrededor de ese hito, traspasan la barrera de lo deportivo y se convierte en una hazaña histórica nacional de donde provienen valores característicos e idealizados de lo uruguayo.

La construcción simbólica de la nación uruguaya se encuentra tan estrechamente vinculada con el fútbol, que existe una relación de identificación directa entre ciertos símbolos nacionales –como la bandera uruguaya– y la selección. A diferencia de lo que sucede en otros países, si la bandera uruguaya cuelga de los balcones de las casas o flamea en los autos, hay una interpretación colectiva que la relaciona automáticamente con la selección. El sentimiento nacionalista en Uruguay se expresa en el fútbol más que en cualquier manifestación cultural, política o ideológica.

Esta brutal importancia del fútbol en Uruguay se manifiesta en el estrecho vínculo entre la identidad nacional y la identidad futbolística. Existe un discurso muy compacto según el cual el estilo de juego uruguayo se basa en la solidez defensiva y en jugadores que, debido a la intensidad con la que sienten el fútbol, dan un plus de esfuerzo respecto a los demás. Van a muerte a cada pelota, tienen una fortaleza anímica que les permite rendir más en los momentos más adversos, y suelen recurrir a pequeñas trampas o actos poco escrupulosos para sacar ventaja. Estos atributos pueden ser reunidos en las expresiones de garra charrúa y viveza criolla. Son, por supuesto, autoimágenes narrativas no necesariamente reales, pero al ser compartidas y muy efectivas para construir nuestra identidad futbolística, se vuelven representaciones que nos identifican y enorgullecen. La opinión crítica del Cebolla Rodríguez sobre el VAR demuestra que los uruguayos no solamente creemos que la viveza es parte esencial de nuestra identidad futbolística (las mañas que nos permiten emparejar fuerzas con los poderosos), sino que es parte del juego en sí (“están matando el fútbol, señor!”).

Según la autoimagen narrativamente construida, el fútbol uruguayo debe sus triunfos y su reconocimiento internacional a las virtudes de la garra y la viveza que le han otorgado la capacidad de lograr hazañas. Lo interesante es que esos rasgos anímicos encuentran cierto asidero en la narrativa historiográfica hegemó-



nica del Uruguay. Los relatos sobre el carácter indómito de los charrúas dieron pie a la postulación de la garra. El coraje de las epopeyas artiguistas, en las que paisanos de a pie derrotaron a ejércitos españoles, fue el sustento histórico que explicó por qué llevábamos la hazaña en la sangre. La picardía gauchesca, imprescindible para rebuscarse la vida y resistir los impulsos civilizadores de la modernización, fue interpretada como el origen de la viveza y la creatividad para sacar cualquier mínima ventaja en situaciones de inferioridad.

Más allá de si estos rasgos característicos de nuestra identidad futbolística realmente tienen correlato en la historia nacional, o si, por el contrario, se trata de una asociación demasiado rebuscada y débil, es innegable que son muy apreciados por el imaginario colectivo. Nos gusta mucho jugar así al fútbol. Como nos hemos convencido de que jugando así hemos logrado mucho, estamos orgullosos de esos atributos, porque son los que nos han hecho ganar yendo en contra de toda lógica. Estos atributos son culturalmente muy valorados, por lo que se exportan a la vida cotidiana como formas de vida válidas y socialmente bien vistas. Nos gusta sentir que somos y vivimos tal como jugamos al fútbol. En Uruguay no hay nada más valorado que ser vivo, y nada peor que ser un bobo o un gil. También en Uruguay se puede preparar y salvar un examen a huevo, estudiando a último momento, tapándole la boca a los contra que no creían en uno, y todo eso será un motivo de orgullo personal y reconocimiento de los amigos.

Esta identidad futbolística también deriva de un proceso de construcción histórica. Existe un orgullo, fruto de las conquistas futbolísticas pasadas, que nos coloca en una posición autodefinida de grandeza. Pero, a su vez, no dejamos de reconocernos como subalternos a los grandes países del fútbol mundial. Es así que nuestras victorias están enaltecidas por el hecho de partir en inferioridad de condiciones, de nunca ser favoritos. Sin embargo, nuestra autopercepción de grandeza nos exige ganar constantemente, ante cualquier rival y a cualquier costo. El David que obligatoriamente debe ganarle a Goliat.

Es posible establecer una correspondencia entre esta exigencia y el estilo futbolístico. Si bien existen relatos que afirman que el

* Licenciado en Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales-Udelar. Docente de Ciencias Sociales y Humanas en el Instituto Superior de Educación Física (Udelar).

** Estudiante avanzado de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (Udelar). Estudiante del seminario virtual “Teoría del Estado”, en el marco de la Red CLACSO de Posgrados en Ciencias Sociales.

estilo de juego uruguayo no siempre fue el que se cree, la identidad futbolística hegemónica es la anteriormente descrita. Nuestro estilo de juego está ideado para ganarle a los poderosos. Se utilizan todos los recursos posibles para emparejar las fuerzas. Se prioriza la destrucción de las virtudes ajenas por sobre nuestra creación. Se defiende con diez hombres y se espera que una pelota parada o la habilidad de un nueve solitario nos den la victoria. Y todo esto -hay que decirlo- nos sale muy bien.

El conocido “proceso Tabárez” fue teniendo, de la mano de sus logros deportivos, un papel central en la reconstrucción de la relación que los uruguayos tenemos con el fútbol. El proceso implicó transformaciones en la valoración social del éxito deportivo al convencer de que existen fines mucho más importantes que ganar (“el camino es la recompensa”), pero al mismo tiempo respetó los atributos anímicos característicos del fútbol uruguayo y aplicó el estilo de juego que nos gusta y enorgullece. La gran paradoja de esto es que las clases del Maestro acerca de que ganar no es lo único que importa. Fueron tan bien recibidas, entre otras cosas, porque ganó, porque las buenas actuaciones le dieron autoridad ideológica. En el correr de su proceso, Tabárez fue construyendo una hegemonía discursiva respecto a la interpretación del fútbol, sus resultados y su significado sociocultural. Al mismo tiempo que desdramatizó la derrota, constantemente destacó las virtudes del fútbol como vehículo para fortalecer vínculos y transmitir valores extra futbolísticos. En las conferencias de prensa esto se ve claramente. Se parecen más a una cade-

na nacional donde Tabárez trasciende el discurso futbolístico y prácticamente da lecciones de vida dirigidas al pueblo uruguayo.

Dentro de los cambios, Tabárez resignificó el festejo. No sólo hay que festejar los primeros puestos (actitud típica del uruguayo esclavo de su gloria pasada), sino que también los buenos resultados fruto del esfuerzo y el trabajo colectivo son legítimos motivos de orgullo. Rechazó la absurda creencia de que Uruguay siempre tiene que salir campeón porque lo obliga su historia. Nos hizo dar cuenta de una vez que no somos los mejores del mundo y que es perfectamente válido festejar cuando alcanzamos lugares muy dignos para nuestras condiciones. Las celebraciones de la gente en 18 de julio, en la rambla, en las redes sociales, por el cuarto puesto en Sudáfrica 2010 y el quinto en Rusia 2018, son ejemplos de esto.

Tabárez cambió el estilo de conducción de la selección y procuró un funcionamiento más profesional, más cercano al modelo europeo. Cortó con la exaltación a la filosofía de boliche y a la improvisación elevada románticamente a forma nacional de encarar los proyectos. La relativa desaparición de esta forma de organización e imagen de la selección uruguaya, es lo que ha generado la aparición de gags humorísticos como “Que vuelva la celeste de antes” o “Los viejos valores”, que reivindicaban irónicamente ese pasado folclórico y se ríen de sus excesos (cada unos meses se viraliza un nuevo video del talentosísimo Fabián O’Neill, borracho y decadente, que aparece como un bufón dionisiaco que representa todo aquello).



BALANCES A PARTIR DE LA PRESENCIA DE LATINOAMÉRICA EN EL MUNDIAL

Verónica Moreira*, David Quitián Roldán**, Rodrigo Soto Lagos***

No, no más invisibilización: los grandes eventos deportivos serán analizados críticamente, tal como hemos venido haciendo desde Los Cuadernos del Mundial de Brasil 2014. Para las ciencias sociales, estas “citas atléticas” no pasarán desapercibidas, ya que lo que se mueve en nuestros países mientras ocurren estos eventos, no es poco. A lo largo de estas semanas, hemos notado que la política local no queda aislada de estos eventos, y diversos personajes hacen uso de esta oportunidad para enarbolar banderas nacionalistas, para recordar la identidad nacional o sencillamente para hacer un juego metafórico o lingüístico que les permita ofrecer una idea que sea coherente con el mundial. Varios ejemplos han sido los del esfuerzo, de la competencia, de la unión por un fin común, enmarcados en el éxito; y otros más han sido los de la individualización de las responsabilidades o de las rencillas internas, para expresar lo contrario.



[...] **integración regional en la lucha a favor de la igualdad, la justicia y la libertad.**

También, hemos podido discutir sobre el uso que los medios de comunicación al servicio de determinados intereses del poder han realizado sobre el “producto mundial”, y hemos visto que independiente de la participación, del nivel de logro alcanzado o de la forma de juego, siempre es posible usar lo que ocurre en un mundial para ligarlo a las características de un producto para que éste sea vendido. Asimismo, notamos que en temas de género son múltiples los desafíos en los que debemos avanzar tanto en el campo deportivo en particular, como en las diversas dimensiones de lo social. Sabemos que, en esta tarea, los avances del feminismo nos permitirán iluminar los aspectos que en el campo del deporte han estado poco visibles y velados, voluntaria o involuntariamente.

Creemos que ya es tiempo de generar un balance. Ya son varias

* Co-coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte, políticas públicas y sociedad. Investigadora del CONICET y docente de la UBA-Instituto de Investigaciones Gino Germani, Argentina.

** Profesor, Investigador de la Corporación Universitaria del Meta UNIMETA, Colombia Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte, políticas públicas y sociedad.

***Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Deporte, políticas públicas y sociedad. Profesor Investigador de la Universidad Andrés Bello, Chile

semanas en las que hemos podido ver-leer fútbol casi diariamente. Inventario reflexivo que sintetiza los temas y preocupaciones de los autores y las autoras de distintas disciplinas de las ciencias sociales que se dieron cita de manera remota en lo geográfico, pero con afinidad en el espíritu crítico para examinar el mega-evento con anclaje latinoamericano. Apostillas de la Copa escritas en el fragor mismo del torneo por académicos de nueve naciones; a saber: Inglaterra, México, Costa Rica, Colombia, Perú, Brasil, Uruguay, Chile y Argentina.

Discusión internacional, de ámbito regional, que incluye en este número, las reflexiones en torno a la construcción de las identidades nacionales y locales, mediadas por este evento deportivo global. También nos permitimos invitar para esta edición de cierre, a quienes marcaron un hito en los estudios sociales del deporte en Latinoamérica: Simoni Lahud Guedes y Pablo Alabarces.

Y es que un mundial de fútbol no pasa desapercibido en vida cotidiana, tal como dijimos al inicio de estos cuadernos: la colonizó momentáneamente creando, además, la sensación de experiencia compartida. En cuanto a lo momentáneo del evento, queremos marcar algunos puntos de los que hemos tomado nota desde Latinoamérica.

*

Un punto interesante que vale la pena destacar en relación a la cobertura mediática respecto de Rusia 2018 es que, a diferencia de Brasil 2014, no se hicieron visible las protestas de la ciudadanía a propósito del exceso de gastos por la organización. Al contrario, se mostró la figura de Putin muy tranquila y acompañada de otros presidentes o autoridades deportivas, sonriente y confiado de su localía. Situación que contrasta con lo ocurrido en Brasil, en donde se pudo ver a gente protestando y también se mostró al ejército reprimiendo las favelas para evitar ataques a los turistas. ¿Hubo protestas en Rusia 2018 por los excesivos gastos de la organización de este evento? ¿Hubo *favelas rusas* reprimidas para educar a los barbaros que podrían atacar a los turistas del mundo? ¿Qué aspectos son similares y diferentes en ambos mundiales?

También, y como casi siempre, se mostró a Diego Armando Maradona. Esta vez, marcado por el exceso y por sus gestualidades al alentar a Argentina. También, se volvió a ver a Diego expulsado del mundial por la FIFA. Nos preguntamos acá, ¿cuál es la implicancia de promover la imagen de Maradona de esta forma y no de otra? ¿Qué mensajes son codificados a partir de estas escenas?

Hablando en sí del juego y de la competencia, en la que las selecciones latinoamericanas se despidieron en fase de grupos, octavos y cuartos de final, desapareciendo de los lugares privilegiados alcanzados una vez más (por cuarta vez consecutiva) por selecciones europeas; es pertinente preguntar si eso es un indicador de cambio en el ordenamiento futbolero mundial que desde siempre fue codificado en la alteridad Europa/Sudamérica. Esto, además de varias reflexiones sociológicas y antropológicas que estamos seguros irán apareciendo.

Para los países que no estuvieron en el mundial (por ejemplo, Bolivia, Chile, Ecuador o Paraguay) el Mundial sí se vivió y la televi-

sación fue relevante. Las emociones colectivas se construyeron “por medio de” alguna otra selección con la que hubo simpatía o antipatía, lo que generó el efecto de reconocernos o diferenciarnos por medio de otros, una señal interesante de las tensiones que animan la construcción de lo regional en el sub-continente.

Lo anterior, en sí mismo no refleja ningún acuerdo político por fortalecer los vínculos latinoamericanos ni por frenar la oleada de la derecha neoliberal en nuestro continente, pero sí puede interpretarse como un ejemplo que ilustra con potencia las posibilidades de integración regional en la lucha a favor de la igualdad, la justicia y la libertad.

En este sentido, vale la pena recordar que el fútbol no se puede reducir a la simplicidad obtusa que lo considera “opio del pueblo”; tampoco porta una esencia evangelizadora, ni alienadora, ni salvacionista o saludable por naturaleza. Como científicos sociales, hemos manifestado (y lo volvemos a hacer esta vez) que la función o valor social del deporte en general y del fútbol en particular, dependerá del interés con el que se promueva en la sociedad. Lo que a nosotros nos parece prudente en este momento, en donde por varias semanas se ha mostrado un fútbol-mercancía global, es hacer

visible el valor de todos los clubes deportivos locales y amateur, y el esfuerzo de todos y todas las atletas que cotidianamente, y sin recibir cuantiosas sumas de dinero, entrenan. Esos clubes, esas atletas, ya viven sus grandes eventos deportivos semana a semana, y son ellos y ellas quienes merecen ser reconocidos y reconocidas.

En el cierre de estos Cuadernos del Mundial Rusia 2018, mientras hemos estado analizando, comentando, sintiendo, pensando y gozando-sufriendo de este evento, nos parece prudente preguntarnos ¿Que rol está jugando Latinoamérica en esta industria caníbal? ¿Cuáles versiones del deporte nos interesa promover y registrar? ¿Cómo las ciencias sociales críticas estudiarán-transformarán esta práctica que cada vez se masifica siguiendo valores conservadores? ¿Qué canales de comunicación merecemos mantener y promover para no olvidar las prácticas corporales y deportivas populares?

Sin duda, el primer paso, es discutir sobre esta institución poco relevada por las ciencias sociales críticas. El siguiente, lo daremos en Buenos Aires en el encuentro de la mesa “Deporte y Sociedad” en el marco de la 8° Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y el Primer Foro Mundial de Pensamiento Crítico, entre el 19 y el 23 de noviembre de 2018.

EQUIPO

Coordinación Editorial: Verónica Moreira y Rodrigo Soto Lagos, Grupo de Trabajo CLACSO Deporte, políticas públicas y sociedad

Arte: Marcelo Giardino

Producción web: Sebastián Higa

Diseño gráfico: María Clara Diez

cuadernosdelmundial2018.clacso.org

LIBROS
REVISTAS
ENCICLOPEDIAS
COLECCIONES



LIBRERÍA
LATINOAMERICANA
y CARIBEÑA de
CIENCIAS SOCIALES

www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana



CLACSO.TV. Una plataforma web de difusión de entrevistas, documentales y diversos registros audiovisuales que aborda temas de relevancia en el campo de las ciencias sociales y las humanidades.

www.clacso.tv

Pensamiento crítico, conocimiento y cultura libre para el cambio social



www.facebook.com/CLACSO.Oficial



[@_CLACSO](https://twitter.com/_CLACSO)